



La Colmena

ISSN: 1405-6313

lacolmena@uaemex.mx

Universidad Autónoma del Estado de
México
México

Martínez-Gómez, Germán Iván

El sentido de la filosofía

La Colmena, núm. 83, julio-septiembre, 2014, pp. 53-59

Universidad Autónoma del Estado de México

Toluca, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=446344311007>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

El sentido de la filosofía

GERMÁN IVÁN MARTÍNEZ-GÓMEZ*

“Aquel para quien todo resulta muy natural, para quien todo resulta muy fácil de entender, para quien todo resulta muy obvio, ése no podrá nunca ser filósofo”.

Manuel García Morente

Resumen: La filosofía es un modo de ser y una manera de conocer, tiene que ver con una actitud (de ánimo, intelectual, cognoscitiva y moral) que 'juega seriamente' a hacer preguntas esenciales; esto es, que tienen un contenido vital al tocar aspectos relacionados con lo que somos. La filosofía es entonces una tarea personal que fusiona nuestra manera de ver la vida (por ello es teoría) con nuestra forma de vivirla (de ahí que sea una actividad humana, conducción de la propia vida). La filosofía es una empresa individual que implica un compromiso vital y, por ello mismo, es una faena que resulta intransferible, además de impostergable.

Palabras clave: filosofía; ética; García Morente, Manuel; investigación

The sense of philosophy

Abstract: Philosophy is a way of being and a way of knowing, it has to do with an attitude (intellectual, moral, cognitive, mood) that seriously plays at asking essential questions; this means, they have vital content since they touch aspects related to what we are. So philosophy is a personal task which merges our way of looking at life (therefore it is a theory) and our way of living it (therefore it is a human activity, leading one's own life). Philosophy is an individual undertaking, it involves a vital engagement and, for that same reason, it is a non-transferable and urgent work.

Keywords: philosophy; ethics; Garcia Morente, Manuel; research

* Escuela Normal de Tenancingo, México

Correo-e: german_img@yahoo.com.mx

Recibido: 28 de febrero de 2014

Aceptado: 29 de mayo de 2014

Manuel García Morente (1886-1942) fue un filósofo español que se desempeñó principalmente como profesor universitario, aunque también fue traductor al castellano de algunas obras de pensadores alemanes como Immanuel Kant (1724-1804), Gottfried Wilhelm Leibniz (1646-1716), Edmund Husserl (1859-1938) y Oswald Spengler (1880-1936). Escribió pocos textos, pero quizá el más conocido sea *Lecciones preliminares de filosofía*, que surgió luego de que impartió en 1937 un curso de filosofía en la Universidad de Tucumán, Argentina. En esa obra, García Morente sostiene que la filosofía, para ser entendida, debe ser 'vívida'; es decir, no basta una idea o una definición de ella, se precisa una vivencia. La filosofía, agrega, es algo que el hombre hace, que ha hecho históricamente. Es entonces un hacer que surge de la inquietud y la intranquilidad; que-hacer que emana del desconocimiento, pero también del deseo de saber. Así, la filosofía emerge a partir de una insaciable curiosidad y es, ante todo, una disposición de ánimo. Ésta, vale precisar, ha de ser como la de un niño que, ignorando, se esmera en preguntar, en aprender.

Es absolutamente indispensable que el aspirante a filósofo se haga bien cargo de llevar a su estado una disposición infantil. El que quiere ser filósofo necesitará puerilizarse, infantilizarse, hacerse como el niño pequeño.

¿En qué sentido hago esta paradójica afirmación de que el filósofo conviene que se puerilice? La hago en el sentido de que la disposición de ánimo para filosofar debe consistir esencialmente en percibir y sentir por dondequiera, en el mundo de la realidad sensible, como en el mundo de los objetos ideales, problemas, misterios; admirarse de todo, sentir lo profundamente arcano y misterioso de todo eso; plantarse ante el universo y el propio ser humano con un sentimiento de estupefacción, de admiración, de curiosidad insaciable,

como el niño que no entiende nada y para quien todo es problema (García, 1975: 24-25).

El filósofo, sugiere García Morente, ha de ser como un niño: inquieto, curioso, entrometido, preguntón, explorador infatigable. Porque el pensamiento es eso, viaje y aventura, travesía y travesura. El filósofo debe entonces, como el infante, maravillarse de sí mismo y del mundo que lo rodea en su afán de saber lanzarse a lo desconocido. Filosofar es jugar —como el niño— a hacer preguntas; pero hacerlas 'en serio'. Filosofar es con-jugar la conciencia de la ausencia con el deseo de saber, con el ansia de llenar el vacío que nos carcome.

El niño que es mordido por el asombro y la curiosidad pregunta incansablemente y no teme pasar por ignorante, porque sabe que lo es y no se apena de serlo. Al niño, en su deseo de saber, en esa inclinación hacia el conocimiento, no le incomoda cuestionar; sabe que hacerlo es una vía para responder sus inquietudes. Sus interrogantes nacen del asombro, de esa formidable capacidad humana de mirar y admirar el universo, de saberse, a un tiempo, iguales al mundo y diferentes a él. La filosofía es, bajo esta perspectiva, un modo de ser, pero también de conocer.

La palabra griega que alude al asombro del que emerge la filosofía es *thaûma*. y experimentar eso que se llama admiración es, dice Platón en el "Teeteto", característico del filósofo. Pero ¿cómo admirarnos en un mundo aletargado, entumecido?, ¿cómo hacer brotar esa 'divina inquietud' si al crecer, envejecer, madurar, envejece también nuestra mente y se endurece? ¿Cómo hacer brotar la duda, la curiosidad y el deseo de saber en un mundo donde creemos saber demasiado? ¿Cómo dejar de vivir anestesiados?

Es difícil tener 'una' respuesta, sin embargo, la filosofía es en sí misma una reacción ante lo desconocido; una que nos lleva a interrogar, a formular preguntas. Algunos se cuestionan, por ejemplo, ¿por qué existimos?, ¿de dónde viene el ser humano?, ¿por qué tenemos que morir?, ¿cómo se creó Dios?, ¿qué es la vida?, ¿qué es la nada?, ¿existe el destino?, ¿existe

el infinito?, ¿qué es el tiempo?, ¿por qué pensamos, sentimos y creemos?, ¿por qué lo aceptable en una cultura resulta inaceptable en otra?

La filosofía es la capacidad exclusiva del ser humano de convertir todo en problema. Y éste, nos recuerda Octavi Fullat, es “tarea, trabajo, quehacer, empresa, peonada” (2001: 39). El hombre lo problematiza todo porque puede hacer de cualquier cosa (un objeto, una idea, un sueño, una emoción, un sentimiento, una corazonada o una vivencia) un desafío. No obstante, de acuerdo con García Morente, la filosofía debe tener necesariamente un ‘contenido vital’.

Poola Tirupati Raju escribió al respecto que “la filosofía, si es fiel a sí misma, debe ser una filosofía de la vida, no de una parte de la vida sino de la vida como un todo. Esta vida es la vida del hombre. El hombre quiere tener la guía de una teoría de la vida. A las demás criaturas no les hacen falta las teorías; los instintos de su naturaleza les bastan” (Radhakrishnan y Raju, 1982: 12).

Pero al hombre no le es suficiente la vida, puesto que no sólo es ‘natura’, sino también ‘cultura’; una manifestación de lo último es la filosofía. Así, al hombre no le basta vivir, precisa de una orientación, de una mirada, de una teoría que le recomiende cómo hacerlo. La filosofía entonces, como teoría de la vida, no puede ayudarnos a resolver los problemas de la existencia si éstos no se plantean previamente. Por ello vale decir que la filosofía es una tarea, un quehacer, sí, pero no cualquier tarea ni cualquier quehacer, es la exigencia más radical del ser humano: la exigencia de saber, la cual lleva al filósofo a adoptar una actitud contemplativa. José Rubén Sanabria puntualiza en este sentido que al hombre no le “basta estar frente a las cosas: contemplarlas quiere decir penetrar en lo que son, develar su sentido, captar su mensaje” (1979: 19). Él mismo dirá que filosofar es una “faena vital” (1979: 47) y tal vez esto ha llevado a pensadores como José María Calvo a sostener que para “apropiarse de un problema filosófico no es importante entenderlo [sino] vivirlo, sentirlo en la piel, dramatizarlo, sufrirlo, padecerlo, sentirse amenazado por él” (2003: VIII).

Desde esta perspectiva, la filosofía tiene que ver, desde luego, con una ‘afección’, pero es ella algo ‘natural’. Gareth B. Matthews (1829-2011) llegó a sostener que su tarea como profesor universitario de filosofía —siendo catedrático en la Harvard University, en Cambridge— era ‘reintroducir’ a sus estudiantes en aquella actividad que habían disfrutado tanto antes de ser socializados, la de interrogar sobre temas que la mayoría de la gente supone saber incuestionablemente (1983). Enfatizo esta última palabra, incuestionablemente, con un doble propósito: primero, por la necesidad e importancia de plantear preguntas, y segundo, por su ausencia en un mundo como el nuestro, acostumbrado a la irreflexión.

Fue Bertrand Russell (1872-1970) quien señaló que

la filosofía, si no puede *responder* a todas las preguntas que deseamos, es apta por lo menos para *proponer* problemas que acrecen el interés del mundo y ponen de manifiesto lo raro y admirable que se oculta bajo la superficie, aun en las cosas más corrientes de la vida cotidiana (1977: 20).

Este pro-poner problemas tiene que ver con llevar a juicio nuestras habituales ideas, poner delante uno o varios intentos de respuesta a nuestras dudas y hacerlo, además, de manera crítica.

Han hecho posible la aparición de la filosofía aquellas dudas que brotan de la cotidianidad, que irrumpen ante la sorpresa de estar situados en el mundo, un mundo, hay que precisar, al que no somos ajenos, que nos involucra inevitablemente y ante el cual nos topamos de frente. Un mundo que es hábitat, pero también habitación, como propuso Martin Heidegger (1889-1976). Y es que no sólo tenemos en el mundo alojamiento, no sólo permanecemos y residimos en él, sino que habitamos propiamente: estamos en la tierra y ésa es la “experiencia cotidiana del ser humano” que, desde siempre, se ha visto como algo “habitual”, sin comprender del todo que el habitar “es un rasgo fundamental del ser del hombre” (Heidegger, 2007: 47).

Este filósofo estaba convencido de que los mortales habitamos el mundo en la medida en que conducimos nuestra propia esencia, nuestro "ser para la muerte". Lo que implica pensar no tanto en la muerte como fin en sí misma, sino como cima o culmen. Dicho de forma más sencilla, no importa tanto la muerte sino la forma de vida por la que hemos optado, la manera de vivir que hemos elegido. A elegir, decidir y deliberar nos enseña la filosofía, porque ésta, nos recuerda Gabriel J. Zanotti, "es la vida tomada en serio" (2003: 10).

Sócrates (470-399 a. de C.) había dicho ya —según Platón (427-347 a. de C.)— que una vida no examinada no merece la pena ser vivida. De ahí que la filosofía sea una actitud tanto cognoscitiva como moral. Filosofar no sólo trae consigo el deseo de saber y conocer la verdad, también implica responsabilidad y compromiso con el propio pensamiento y la propia acción. Lo anterior hace de la filosofía una tarea personal y una experiencia intransferible que ha de nacer de cada uno y ser, por ello mismo, original, al partir de un compromiso vital, de una vocación, de un llamado a ser; preguntas que cada quien ha de plantearse en algún momento de la vida e intentar responder.

¿Cómo podemos saber si no estamos soñando?, ¿por qué los sentidos nos engañan?, ¿qué hay más allá del mundo?, ¿existe vida en otros planetas?, ¿cuántos cabellos hay en la cabeza de un ser humano?, ¿por qué crecen las uñas y no un dedo mutilado?, ¿por qué envejecemos?, ¿qué son las ideas?, ¿de dónde provienen?, ¿a dónde se van las ideas que olvidamos?, ¿qué es el amor?, ¿es lo mismo amar que estar enamorado?, ¿por qué discutimos con la gente que queremos? Éstas y otras preguntas cotidianas que emergen de las relaciones efectivas, reales, de unos individuos frente otros, son cuestiones que plantean desafíos prácticos y teóricos. Interrogantes como las que se plantea la gente común son las que debe responder el filósofo en lugar de evadirlas. Tal vez por esto Jean-François Revel sugirió que "los filósofos deberían negarse un poco más a responder las preguntas de los filósofos y un poco

menos las de los profanos" (1974: 10). Él mismo afirmó que los filósofos tienden a creer que "basta con sentir vivamente la urgencia de resolver un problema para que éste sea resuelto" (1974: 12), pero sabemos que esto no es suficiente. De entrada, debemos decir que no toda pregunta es filosófica. Cuestionar, por ejemplo, ¿qué hora es?, en nada se parece a preguntar ¿qué es el tiempo? La primera pregunta es instrumental; la segunda, esencial.

[En este sentido] si en lugar de preguntar por la hora, me pregunto qué es el tiempo, ya no estoy relacionando mi interés con algo concreto que quiero hacer [...] Cuando me pregunto qué es el tiempo, lo que me estoy preguntando es qué supone vivir en el tiempo sabiendo que el tiempo existe, me estoy preguntando qué significa despertarme por las mañanas, saber que me voy a morir. Me estoy preguntando por el significado de ser humano (Savater, 2012: 76).

Pero ¿cómo podemos distinguir una pregunta filosófica de una que no lo es? Fernando Savater sostiene que una pregunta filosófica toca temas de interés general; es decir, aborda cuestiones que competen a cualquier persona. No tiene que ver, entonces, con lo que decimos, hacemos o queremos, sino con 'lo que somos'. Interrogar filosóficamente implica escudriñar algo más sobre nosotros mismos.

Pero digamos algo más, si hay preguntas instrumentales y esenciales, también existen seudopreguntas y seudoproblemas. El filósofo deberá, en primera instancia, pasar por el tamiz de su conciencia cada desafío para discernir, para quitar lo accesorio de lo medular y reconocer cuándo un obstáculo es un problema falso y cuándo toca aspectos esenciales. Lo anterior implica, desde luego, una actitud crítica, lo cual va más allá de la admiración y la perplejidad. Respecto a ésta, Aristóteles escribió que los hombres:

comenzaron a filosofar al quedarse maravillados ante algo, maravillándose en un primer momento

ante lo que comúnmente causa extrañeza y después, al progresar poco a poco, sintiéndose perplejos también ante cosas de mayor importancia, por ejemplo, ante las peculiaridades de la luna, y las del sol y los astros, y ante el origen del Todo (1985: 982b15).

Pero también dijo que el *philosophos*, el “amante de la sabiduría”, no busca huir sólo de la ignorancia persiguiendo el saber por el saber mismo, sin que medie un interés o una utilidad por el conocimiento que se adquiere. También precisó que la filosofía es búsqueda y proceso de investigación. Maravillarse no basta, es necesario ir al principio o, en palabras de Aristóteles, a la ‘causa’ que está detrás de aquello que nos asombra, y hacerlo, además, sólo por el mero placer de conocerla. Es bajo esta óptica que la filosofía se concibe como un saber no utilitario y, por ello mismo, a los ojos de Aristóteles, como la ciencia más digna; así, en *Metafísica* escribió que podría haber ciencias más útiles que la filosofía, pero ninguna mejor que ella.

Asimismo, el discípulo de Platón dijo algo fundamental: que la filosofía es la ciencia de la verdad. Pero buscar la verdad, aproximarnos a ella, encararla y conocerla es, sin duda, otra gran dificultad. Una dificultad triple además, porque cuando se quiere conocer algo puede haber un obstáculo en aquello que se busca conocer o en nosotros mismos como sujetos del conocimiento, o en ambos. Definir qué es la verdad es ya otro problema filosófico serio. ¿Qué es?, ¿dónde está?, ¿podemos acceder a ella?, ¿para qué la queremos?, ¿qué haríamos con ella si fuera posible tenerla?, ¿es lo mismo lo verdadero que lo correcto?, ¿puede haber cosas correctas que sean falsas?

El siguiente silogismo apareció de manera espontánea en una clase: “Todas las aves vuelan; las gallinas son aves, por lo tanto, las gallinas vuelan”. Es éste un razonamiento que sigue ciertas reglas; es decir, que es correcto porque está estructurado a partir de ciertas razones, pero es falso porque no coincide con la realidad. ¿La verdad será, entonces, sólo una correspondencia entre lo que pensamos y lo que existe, entre la idea de algo y ese algo del que

hablamos?, ¿debe haber forzosamente una ‘adecuación’ entre lo que pensamos y la realidad que nuestro pensamiento representa?, ¿para que algo sea verdadero debe ser demostrado?, ¿tiene el filósofo, como el científico, la necesidad de probar todo lo que dice?, ¿qué diferencias hay entre la verdad filosófica y la verdad científica?, ¿son equivalentes la filosofía y la ciencia?, ¿en qué se identifican?, ¿qué tipo de vínculo debe haber entre ellas para que no se anulen mutuamente? ¡Uf, cuánto embrollo!

La idea de verdad como simple correspondencia entre el pensamiento y la realidad también ha sido criticada por muchos filósofos y ésta es otra cuestión pendiente, una más de las tantas que ha puesto sobre la mesa de reflexión la filosofía y ante las cuales ha insistido durante el transcurso de los tiempos. Tal vez esta incapacidad de la filosofía para dar una respuesta (única, definitiva, absoluta) ha atraído el rechazo y hasta el desprecio de mucha gente. Para muchos es un disparate, una pérdida de tiempo, una inútil tarea donde el hombre se enfrasca en sus asuntos y nada aporta, nada produce, nada hace. Para otros, la filosofía no sirve; resulta una labor superficial reservada a unos cuantos ociosos que suponen ser socialmente inútiles. Pero el filósofo, como hemos dicho, tiene como función la ‘tarea de pensar’. Una tarea que no se da espontánea ni caprichosamente, sino de manera sistemática, ordenada, precisa y profunda. El filósofo, como interrogador de la realidad, cuando da lecciones de filosofía no trata de enseñar lo que otros filósofos han dicho, sino hacer lo que ellos han hecho: compartir con los estudiantes los beneficios, también los desafíos, que trae consigo filosofar.

Algunos estudiosos distinguen hoy entre saber filosofía, hacer filosofía y vivir con filosofía. Quizá en el fondo quieren decir que el filosofar conjuga, inevitablemente, la actitud intelectual del filósofo con su actitud moral —la filosofía, decía Russell, no es una ocupación frívola e inútil—. El estudio de la filosofía nos hace mejores personas porque nos invita a someter a examen crítico el fundamento de nuestras creencias e ideas, nuestros prejuicios y convicciones.

Filosofar no es perder el tiempo; es más bien, como pensaba Séneca (4-65 d. de C.), ‘atesorarlo’, apreciarlo en su justa dimensión reconociéndonos dentro de un mundo que precisamos entender.

Según Russell, la filosofía busca, por una parte, mantener vivo el “interés especulativo por el Universo” (1977: 181), y, por otra, liberarnos de los prejuicios que se derivan del sentido común. El hombre ordinario, sin ningún barniz de filosofía, no duda de nada; todo le parece obvio y ya definido. Nada es problemático y todo resulta, por eso mismo, simple y habitual. Pero la filosofía nos libera de la “tiranía de la costumbre” (1977: 183), pues hace posible que el sentido de la admiración no se adormezca y presenta a nuestros ojos las cosas más familiares como desconocidas.

Respecto a la admiración, José Rubén Sanabria afirmó que ésta “es la actitud filosófica de quien vive en la esperanza de que las cosas se abran graciosamente a nuestra mirada” (1979: 26). Pero precisa:

No toda extrañeza, ni toda reflexión, ni toda actitud problemática, tienen, sin más naturaleza filosófica. El hombre común se admira; su admiración, empero, es momentánea y superficial. El científico se admira, y su extrañeza es más duradera y profunda, pero es parcial. En cambio, el filósofo se admira y su admiración es radical y total. El filósofo se extraña de su propia extrañeza; se extraña de sí mismo y de la totalidad de las cosas [...] Entonces puede ser verdad lo que decían los antiguos, que el filósofo, a fuerza de extrañarse de todo, acaba por no extrañarse de nada. Se extraña de todo, aun de sí mismo, y, sin embargo, nada le es extraño (1979: 26).

Para Sanabria, el filósofo ha de aprender a asombrarse ante las cosas sin dejarse absorber por ellas. Y asombrarse supone una apertura vital que el sentido común asfixia. Por ello la filosofía lucha en su contra, porque el sentido común trae consigo juicios sin reflexión, es decir, pre-juicios; también hábitos, creencias y costumbres simples. Asimismo, el sentido común teje un velo impenetrable que nos impide

adentrarnos en nosotros mismos y en el mundo. Imposibilita conocer, encubre la realidad que sólo mediante la reflexión constante es posible descubrir y desentrañar.

De igual forma, la filosofía puede hacer de todo un objeto de reflexión. El filósofo se extraña de todo y nada le es extraño; es decir, puede admirarse ante cualquier fenómeno, pero nada ha de resultarle ajeno. Filosofar es, como hemos dicho, aspirar, tender hacia la búsqueda de las respuestas que tienen que ver con las preguntas más esenciales. Por eso la filosofía no puede ser una moda ni un lujo, mucho menos una diversión o un simple pasatiempo. Es, en cambio, una disposición de ánimo que brota de nuestra ruptura con las cosas, de un desarreglo, de una desarmonía, de un alejamiento del hombre respecto a todo lo que le rodea. La filosofía tiene que ver, como pensó José Blanco Regueira (1974-2004), con un disgusto ante la incapacidad de resolver el más grande de los enigmas: la existencia humana (Blanco, 1997).

¿Cuál es pues el valor de la filosofía?, ¿por qué debe ser estudiada? Russell responde:

la filosofía debe ser estudiada, no por las respuestas concretas a los problemas que plantea, puesto que, por lo general, ninguna respuesta precisa puede ser conocida como verdadera, sino más bien por el valor de los problemas mismos; porque estos problemas amplían nuestra concepción de lo posible, enriquecen nuestra imaginación intelectual y disminuyen la seguridad dogmática que cierra el espíritu a la investigación; pero ante todo, porque por la grandeza del Universo que la filosofía contempla, el espíritu se hace a su vez más grande y llega a ser capaz de la unión con el Universo que constituye su supremo bien (1977: 187).

La seguridad dogmática imposibilita la reflexión. Por ello, el valor de la filosofía está en los problemas frente a los que nos coloca. Como bien dice Fernando Savater, “la filosofía no sirve para salir de dudas, sino para entrar en ellas” (2012: 77). Preguntarnos

qué distingue a la apariencia de la realidad, cómo sabemos que la materia existe, qué papel juegan las ideas en nuestra vida, cómo tiene lugar el conocimiento, a través de qué conocemos, qué es la verdad y la falsedad y cómo es posible distinguirlas, qué importancia tiene el error a la hora de conocer, cuáles son los límites del conocimiento, etc., son preguntas que nos invitan a hacer silencio; es decir, a pensar, a reflexionar y a descubrir, con ello, la posibilidad de que todo puede ser pensado reiteradamente. De hecho, precisaba el filósofo inglés al que nos hemos referido, “el valor de la filosofía debe ser buscado en una larga medida en su real incertidumbre” (Russell, 1977: 182), en la maravillosa condición de situarnos repetidamente frente a ‘lo mismo’ para cuestionarlo, problematizarlo e intentar comprenderlo. Sanabria dice al respecto:

Se ve, entonces, que la filosofía no sólo inicialmente plantea problemas sino que es, y seguirá siendo, un permanente problema. Y que sus soluciones serán, a su vez, problemáticas. La perpetua problematización es la vida de la filosofía. Por eso tiene un desarrollo curioso y original: en lugar de progresar, retrocede. [La filosofía] es un constante retroceso problemático, un constante regreso a la profundidad problemática de nuestro ser —y del ser—. Pero al retroceder, progresa. Porque el retroceso en filosofía no es el simple volver al punto de partida —no es el eterno retorno de siempre a lo mismo, de Nietzsche—, es un avance en profundidad (1979: 37).

En síntesis, la filosofía es un modo de ser y una manera de conocer; tiene que ver con una actitud anímica, intelectual, cognoscitiva y moral que ‘juega seriamente’ a hacer preguntas esenciales, esto es, que tienen un contenido vital al tocar aspectos relacionados con lo que somos. La filosofía es una tarea personal que fusiona nuestra manera de ver la vida —por ello es teoría— con nuestra forma de vivirla —de ahí que sea quehacer humano, conducción de la propia vida—. La filosofía es una empresa individual que implica un compromiso vital y, por ello mismo,

es una faena que resulta intransferible pero, además, impostergable. Al aspirar a la verdad, la filosofía es búsqueda y proceso de investigación; es sendero siempre abierto, ruta inacabada, camino del pensar que nos invita a recorrerlo. Por ello es tránsito, un permanente ‘ir hacia’ que habrá de emprender cada sujeto y habrá de hacerlo lo antes posible y mientras dure su existencia. LC

REFERENCIAS

- Aristóteles (1985), *Metafísica*, R. Blázquez Augier y J. F. Torres Samsó (trads.), Madrid, Sarpe.
- Blanco Regueira, José (1997), *La odisea del liberto*, México, Instituto Mexiquense de Cultura, col. Cuadernos de Malinalco, núm. 24.
- Calvo, José María (2003), *Educación y filosofía en el aula*, Barcelona, Paidós.
- Fullat, Octavi (2001), *Antropología y educación*, México, Universidad Iberoamericana/BUAP/UAT, col. Lupus Magister.
- García Morente, Manuel (1975), *Lecciones preliminares de filosofía*, México, Porrúa.
- Heidegger, Martin (2007), *La pregunta por la técnica y otros textos*, Eustaquio Barjau (trad.), Barcelona, Folio.
- Matthews, Gareth B. (1983), *El niño y la filosofía*, México, FCE, col. Breviarios, núm. 339.
- Radhakrishnan, S. y P. T. Raju (comps.) (1982), *El concepto del hombre*, Julieta Campos y Juan José Utrilla (trads.), México, FCE, col. Breviarios, núm. 176.
- Revel, Jean-François (1974), *Los filósofos: ¿para qué?*, México, Editorial Extemporáneos.
- Russell, Bertrand (1977), *Los problemas de la filosofía*, Ramón Xirau (trad.), México, Editora Nacional.
- Sanabria, José Rubén (1979), *Introducción a la filosofía*, México, Porrúa.
- Savater, Fernando (2012), *Ética de urgencia*, México, Ariel.
- Zanotti, Gabriel J. (2003), *Filosofía para filósofos*, Madrid, Unión Editorial.

GERMÁN IVÁN MARTÍNEZ GÓMEZ. Licenciado en Filosofía por la Universidad Autónoma del Estado de México, México. (UAEM.), Maestro y Doctor en Enseñanza Superior por el Centro de Investigación y Docencia en Humanidades del Estado de Morelos (CIDHEM). Ha publicado en diversos medios editoriales entre los que destacan: *Valor Universitario*, *La Colmena*, *Convergencia y Perfiles HT*, *Humanismo que transforma* (Revistas de la UAEM.), *Confluencia-Región Centro Sur* (Revista de la Asociación Nacional de Universidades e Instituciones de Educación Superior, ANUIES), *Magisterio* (Revista de la Dirección General de Educación Normal y Desarrollo Docente), *La Lámpara de Diógenes* (Revista de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, BUAP) y el *Suplemento La Jornada Semanal* del diario *La Jornada*. Actualmente es profesor-investigador de la Escuela Normal de Tenancingo, México, y responsable del Área Editorial del Departamento de Investigación e Innovación Educativa de la misma institución.